

LA GRAN IMPORTANCIA DE ALGUNOS PEQUEÑOS DETALLES

La época de las grandes reformas litúrgicas decretadas por el Vaticano II se va alejando cada vez más de nosotros. Lo que en 1970 se llamaba “*Nuevo Misal*” o “*Nuevo Ritual de exequias*” distan ya ciertamente mucho de tener aquel matiz de novedad que tuvieron en los años 70. Los modos actuales de celebrar la liturgia han entrado con tal normalidad a formar parte de los ritos y costumbres habituales que cada día son más numerosos los fieles –ministros ordenados y laicos– que no han conocido otros modos de celebrar la liturgia que los que figuran en los libros litúrgicos promulgados con posterioridad al Vaticano II. Hasta nos atrevemos a decir que, para la mayoría de los fieles que hoy participan en las celebraciones, hablar de lo que fueron los ritos comunes en la primera mitad del pasado siglo XX es referirse a lo que fueron las celebraciones medievales o incluso antiguas.

Este alejamiento del momento en que se reformó la liturgia con respecto a los ritos actuales puede llevar consigo el desconocimiento –por no decir el desinterés por conocerlas– de las razones que motivaron algunos cambios. Y saber por qué se modificaron algunos usos vigentes aún en el Misal de san Pío V (los había en uso desde la antigüedad) puede llevar al conocimiento y a la vivencia espiritual de los gestos litúrgicos que hoy realizamos. De ello quisiéramos poner hoy un ejemplo.

Nos referiremos al rito, aparentemente pequeño y sin excesivo relieve, de la conmixión del pan y vino consagrados. Este es un gesto, por una parte muy antiguo y presente tanto en las liturgias latinas como en las orientales, y por otra, de origen y significado un tanto oscuro. En un primer tiempo este rito se vivió en Roma –y probablemente en otras

Iglesias locales— como signo de la comunión entre el Papa en su misa estacional solemne de las basílicas romanas y los presbíteros (o entre el obispo y sus presbíteros) que, en los títulos (parroquias) de Roma y de sus suburbios, presidían la Eucaristía para los feligreses de las pequeñas comunidades; a éstos últimos, en efecto, no les era lícito celebrar la misa sin manifestar su comunión con el obispo, y esto lo hacían mezclando un fragmento (*fermentum*) del pan consagrado por el Papa (o por el propio obispo) en la misa estacional. De este gesto de comunión eclesial entre el Papa y los presbíteros romanos tenemos un claro testimonio ya en un escrito del s. V: la carta de Inocencio I al obispo de Gubbio (416). Probablemente un vestigio de este simbolismo era la costumbre que se conservó hasta 1970 —que algunos quizá aún recuerden—, según la cual la conmixtión iba inmediatamente precedida de la fórmula *La paz del Señor esté siempre con vosotros*. Quizá incluso el mismo rito de la paz, que sitúa la liturgia romana en el contexto de la fracción del pan (este rito de la paz, en todas las demás liturgias, está ubicado antes de iniciar la anáfora), sea como un desarrollo del simbolismo de la comunión eclesial iniciado con el gesto de la conmixtión del *fermentum* enviado por el Papa a los presbíteros de los títulos romanos.

El rito de la conmixtión, a través de las diversas liturgias y de las diversas épocas y según los comentarios medievales alegóricos, ha sido interpretado de modos muy variados y diversos. El gesto parece haberse originado en Siria y al mismo se refiere ya Teodoro de Mopsuestia (+ 428). Este rito ha servido para expresar tanto la unidad del sacramento eucarístico (que únicamente alcanza toda su expresividad a través de ambas especies), como la identidad de todas las misas que, aunque celebraciones numéricamente distintas, son presencia y participación en el único sacrificio de Cristo (en algún tiempo, se mezcló en el cáliz un fragmento del pan consagrado —y ya endurecido— en la última misa celebrada), como la consagración *por contacto* del vino en vistas a la comunión del pueblo, cuando el vino consagrado se había terminado, y también como alegoría de la resurrección del Señor (en las palabras de la consagración, en las que el Cuerpo del Señor se mostraba como separado de su Sangre, se quiso ver como signo de la muerte de Cristo, en la conmixtión como un símbolo de su resurrección).

La conmixti3n del pan y del vino consagrados es un gesto que no encuentra paralelo ni en el ritual judío de las cenas religiosas, ni alusi3n en la última cena de Jesús. Se trata, por tanto, de un rito de origen y significado eclesial. Pero no puede negarse que se trata de un gesto antiquísimo y venerable, común a las liturgias de Oriente y Occidente. En la comisi3n postconciliar de reforma del Misal surgió alguna voz que proponía suprimir este rito pues, se dijo, ni tan sólo se veía con certeza el origen ni el verdadero significado. Pero dos razones impusieron su conservaci3n: el ecumenismo (pues la conmixti3n está presente en los ritos orientales y occidentales) y el hecho de que es posible que lo que hoy se desconoce mañana se descubra.

Recordamos a este respecto haber oído repetir con insistencia al gran liturgista Dom Bernard Botte que Lutero, en su deseo de ser más fiel a lo que Jesús dio a su Iglesia al instituir la Eucaristía, suprimió la anáfora y mantuvo únicamente las palabras del relato de la Cena tal como figuran en el evangelio. El gran reformador quería con ello que, en la misa, se imitara fielmente lo que hizo el Señor, sin añadiduras posteriores. Y como en su tiempo (y hasta la reforma del Vaticano II) el *benedixit* del Canon era interpretado como si tuviera referencia a que Jesús había *bendecido* el pan y el cáliz (en los misales, en el *benedixit* aparecía incluso una cruz para que el celebrante la trazara sobre el pan y el cáliz como signo de bendici3n), Lutero, confundiendo la bendici3n a Dios con la bendici3n del pan y de la copa, pensó que la bendici3n a Dios —el Canon— era una añadidura eclesiástica y por ello suprimió la anáfora. Posteriormente se ha visto con claridad que el *benedixit* hace referencia, no a la bendici3n del pan y de la copa, sino a la *Berakha* judía, bendici3n y acci3n de gracias a Dios por las maravillas que ha realizado (es decir, a la anáfora, desde el prefacio hasta la doxología). Esta bendici3n a Dios es la que Jesús pronunció en la Cena y mandó a los suyos repetir cuando celebran la Eucaristía. Ante quienes pretendían suprimir el rito de la conmixti3n, porque en su *hoy* no estaban seguros del verdadero origen y significado del gesto, Dom Botte advertía que suprimir la conmixti3n porque no se vea claro el origen del rito por lo menos es imprudente. Un rito que goza de tan gran antigüedad y universalidad merece respeto. ¿No pasará con este gesto lo que aconteció por ejemplo con Lutero y su reacci3n frente a la Plegaria eucarística?

Hemos iniciado este Editorial diciendo que pueden haber algunos *pequeños* detalles que conlleven consigo una *gran* importancia. Entre ellos, y como ejemplo de muchos otros que pueden parecer *pequeñeces* litúrgicas, nos hemos referido al rito de la conmixtión. Cuando un gesto o una fórmula litúrgica personalmente nos parezca inadecuada es necesario recordar que se trata de una expresión *de la Iglesia*, y aunque teóricamente fuera inadecuada, es la propia Iglesia quien la puede corregir. Hacerlo por propia cuenta es signo inequívoco de autosuficiencia.

Por lo que respecta concretamente al rito de conmixtión –muy simplificado, por otra parte, en el Misal de Pablo VI– puede recordarse que la breve oración que hoy acompaña al gesto tiene un rico significado sacramental: *manifiesta* (es propio de los sacramentos no sólo ser causa sino también *símbolo* de lo que contienen) que en la Eucaristía nos unimos tanto a la muerte de Cristo (significada en la separación de las especies) como a su resurrección (significada por lo menos de algún modo en el símbolo de la unión del Cuerpo con la Sangre del Señor). Así lo veía y explicaba a los neófitos, en el s. V, Teodoro de Mopsuestia en sus catequesis mistagógicas: “El pontífice rompe el pan y pone un fragmento en el cáliz porque Cristo, nuestro Señor, después de la resurrección de entre los muertos se mostró resucitado a todos los suyos y les dio a conocer la resurrección que se había realizado en él” (Homilía XVI sobre la misa, edic. Toneau, p. 559).

Permítasenos acabar este Editorial aludiendo a un significativo detalle de la 3ª edición de la IGMR. En las ediciones anteriores del Misal de Pablo VI, figuraba una breve explicación del significado de la fracción del pan (IGMR, núm. 56, c) pero, en cambio, no se decía nada del simbolismo de la conmixtión; en la 3ª edición se ha añadido un breve apartado, nuevo y muy significativo, en el que se recoge precisamente la significación que a este gesto atribuía ya Teodoro de Mopsuestia: “El sacerdote introduce un fragmento del pan consagrado en el cáliz *para significar la unión del Cuerpo y Sangre del Señor, glorioso en su resurrección* y culminación de la historia de la salvación” (IGMR, 3ª edic., núm. 83).– **P. F.**